

RESILIENCIA EMPRESARIAL Y TRADICIÓN

Panadería Rosa

D. Enrique Ramos Morilla

Hoy homenajeamos a la familia Ramos Morilla, los panaderos del Pan de Rosa, una vida de esfuerzo silencioso y dedicación diaria. Levantaron durante más de siete décadas un negocio entrañable que fue mucho más que una panadería: fue un punto de encuentro, una seña de identidad, un pedazo del alma de nuestro pueblo.

Entrar en esa panadería, con aroma envolvente a pan recién hecho, era como entrar en tu casa. No solo te despachaban pan, también te despachaban una dosis de cariño, amabilidad, humor y respeto.

El pasado 3 de julio de 2025, bajaba su persiana por última vez este negocio entrañable y querido. Su horno de leña, encendido cada madrugada durante 75 años, se apagó con la jubilación de Enrique Ramos Morilla, hijo del fundador, marcando el final de una etapa y el comienzo de un recuerdo compartido por todos los vecinos.

Para muchos, ese cierre fue una noticia que se sintió en el corazón, porque el Pan de Rosa no solo alimentaba el cuerpo, sino también el alma colectiva de Constantina. ¿Cómo no echar de menos aquellos panes de picos, las albardas, las bobas, las regañás, las vienas o las roscas? Formaban parte del día a día, del olor de las mañanas, del sabor de la infancia y de las meriendas familiares.

Pero todo comenzó, como empiezan las grandes historias, con la humildad del trabajo y la audacia de los sueños. En los años cincuenta, don Enrique Ramos del Toro, junto a su padre, aprendía el oficio de panadero en una época en la que el pan era la base de toda comida, el sustento diario de familias que vivían del sudor de su frente. En aquellos tiempos, el pan se amasaba a mano, en duros trabajos nocturnos, calentando el horno con haces de jara y transportando la leña en burros por las empedradas calles del pueblo.

La harina venía de nuestros propios molinos, movidos por la fuerza del río que da vida a Constantina. Era una economía circular de esfuerzo y de comunidad, donde cada pan cocido representaba horas de sacrificio, habilidad y amor por el oficio.

Enrique Ramos del Toro decidió un día emprender por su cuenta, alquilando la panadería de Anita Rojo en la Calle Ramón y Cajal. No lo hizo solo. Junto a él estuvo siempre su esposa, doña Rosario Morilla García —nuestra querida Rosa—, que, con solo 19 años y sin apenas saber leer ni escribir, se convirtió en el alma del negocio. Fue ella quien dio nombre al Pan de Rosa, símbolo de cariño y de esfuerzo transmitido de generación en generación.

Rosa fue una mujer extraordinaria: autodidacta, intuitiva, de mente ágil y corazón generoso. Aprendió más tarde a leer y escribir en la Escuela de Adultos de Constantina, demostrando que nunca es tarde para cumplir los sueños. Llevaba las cuentas de la panadería, atendía a sus clientes, cuidaba de su familia y aún tenía tiempo para ayudar

a los demás. En tiempos difíciles, cuando escaseaba el dinero, extendía el pan “a la libreta” para que nadie quedara sin alimento. Así, con justicia y empatía, ayudó a muchas familias trabajadoras a sobrellevar los días duros.

Ella y su marido Enrique sacaron adelante a sus hijos Enrique, Rafael, Rosa M^a y Manuel, con desvelos, madrugadas y sacrificios. Amparados en su entrega, lograron mantener el negocio incluso cuando el resto de las panaderías del pueblo se integraron en una cooperativa. Frente al poder de “Goliat”, ellos -como buenos “David”- decidieron resistir, seguir independientes, fieles a su forma de hacer pan y de entender la vida.

En 1967 adquieren la panadería del Bala en calle Manuel Lora Tamayo donde ha estado desde entonces y hasta hoy.

La fortuna no siempre fue generosa. Una enfermedad truncó la historia demasiado pronto. Enrique Ramos del Toro falleció con tan solo 44 años, dejando a Rosa viuda, con cuatro hijos pequeños y una panadería a cuestas. Pero la familia no se rindió.

El hijo mayor, Enrique Ramos Morilla, con apenas 20 años, dejó atrás sus aspiraciones personales para asumir el mando del obrador y sacar adelante la herencia familiar. Sin apenas descanso, aprendió el oficio a marchas forzadas, apoyado por su madre y sus hermanos. Así continuó la tradición, haciendo del pan un legado y del trabajo un ejemplo de vida.

Ejemplos de personas resilientes: aquellas que tienen la capacidad de adaptarse y recuperarse positivamente ante la adversidad, el estrés o eventos traumáticos, no solo sobreponiéndose, sino también saliendo fortalecidas y aprendiendo de la experiencia para crecer.

El Pan de Rosa siguió creciendo con el tiempo. Se incorporaron nuevos productos — las vienas, los picos, las regañás, las magdalenas caseras de Rosa—, pero el espíritu siguió siendo el mismo: hacer las cosas con amor, sin prisas, cuidando el detalle, valorando la calidad más que la cantidad. Cada pieza de pan era un testimonio de dedicación y orgullo.

Enrique siempre recordará cómo los vecinos esperaban a las cinco de la tarde para llevarse esas magdalenas recién hechas, o cómo las familias de los pueblos cercanos venían en verano a llenar sus cestas con el pan de siempre, el auténtico, el de horno de leña. El negocio prosperó gracias al trabajo constante, al cariño de los clientes y a la unión familiar.

No fueron años fáciles. Las jornadas empezaban a las dos y media de la madrugada, con el sonido del amasado y el calor del horno aún medio encendido. No había domingos ni vacaciones, solo trabajo, disciplina y responsabilidad. Y, aun así, Enrique y su familia siempre encontraron motivos para reír, para soñar y para mantener encendida la llama de su panadería.

También hubo momentos de dolor. La enfermedad y posterior fallecimiento de su primera esposa, María del Carmen Córdoba Gómez, marcaron un antes y un después en su vida. Sin embargo, Enrique no se rindió. Encontró fuerza en sus hijos, en el apoyo incondicional de su madre Rosa y en el consuelo de toda Constantina, que nunca le dejó solo.

El destino volvió a ofrecerle compañía y alegría junto a Ani, su actual esposa, con quien formó una nueva familia. A su lado ha encontrado paz, equilibrio y esa felicidad sencilla que el trabajo continuo a menudo posterga.

Tras 45 años de actividad ininterrumpida, Enrique decidió jubilarse. Lo hace con el deber cumplido y con la tranquilidad de quien sabe que ha honrado la memoria de sus padres y ha mantenido viva la tradición hasta el final. “Habrá pan igual, mejor no”, como él mismo dice con humildad y orgullo.

Hoy, Enrique puede mirar atrás y sentirse satisfecho: por su honestidad, por su esfuerzo, por haber hecho del pan un arte y del trabajo un legado. Sus hijos —Enrique, Alberto, Álvaro y Antonio— siguen caminos distintos, con la libertad que él no tuvo de elegir, y eso también es una victoria.

Historias de manos curtidas en la madrugada, de familias que a base de tesón levantaron sueños colectivos. Rosa, Enrique y toda la familia Ramos Morilla encarnan esa Andalucía generosa, que trabaja sin alardes, que se entrega con pasión, que une tradición y progreso sin perder la esencia.

Por eso, hoy, en nombre del Ayuntamiento de Constantina y de todo el pueblo, queremos expresar nuestro más sincero reconocimiento y gratitud. Gracias por el ejemplo, por la honestidad, por la calidad de vuestro trabajo y por el cariño que habéis dado siempre a vuestros clientes.

Gracias, Rosa y Enrique, por tanto esfuerzo, por tantas madrugadas, por tantas sonrisas desde el mostrador.

Que el horno se apague no significa que se extinga su luz. Esa luz seguirá viva en cada vecino que recuerde el sabor de vuestras regañás, el olor de la panadería al amanecer, el calor de vuestras manos frente al fuego del horno.

Que vuestra jubilación sea larga y feliz. Porque, después de tantos años dando pan a los demás, ahora os toca saborear el merecido descanso como nosotros hemos saboreado tantos años ese pan de pueblo que sabía a tradición, esas delicias símbolos de hacer las cosas como siempre deberían hacerse: con paciencia, cuidado y amor.

*Un agradecimiento a Ángela Aranda y Robledo Valdivieso por su artículo sobre esta empresa en la Revista de Verano de 2025 que nos ha servido de fuente.

Recoge el reconocimiento a “RESILIENCIA EMPRESARIAL Y TRADICIÓN” a Panadería Rosa, D. Enrique Ramos Morillo.

Hace entrega Rubén Rivera, alcalde-presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Constantina.